

In Memoriam Vicente Cacho

GONZALO REDONDO

Para todo hombre, la muerte es el fin de la lucha. Quedó hace siglos escrito que «la vida del hombre en la tierra es milicia». Así es. Todos tenemos experiencia de que vivir es combatir, luchar, batallar, subir y bajar, sobrevivir como se pueda. Para un cristiano, la muerte es –además de ese punto final de la lucha– verse cara a cara con Dios, estar con Él para siempre: el objetivo al cual ha tendido durante su vida entera. Pero para un historiador, como es Vicente –y mi recuerdo vuela cuarenta años atrás, comienzos de los años cincuenta, terminada apenas por él su carrera, cuando yo la iniciaba, en que nuestros afanes comenzaron a entremezclarse–, para un historiador la muerte es, por supuesto el fin de la lucha y el encuentro con Dios; pero un



encuentro de matiz muy peculiar. Sin ánimo, en modo alguno, de rectificar al profesor Portela, diría que Vicente en el cielo –donde con seguridad se encuentra– no será un maestro; será, por el contrario, un discípulo apasionado. Porque en Dios, como historiador que es Vicente, estará encontrando la explicación de tantas y tantas y tantas cosas que, durante años de afanes aquí en la tierra, fue quizá imposible entender por qué sucedieron. A Vicente le interesaban muchas cosas y, por eso, seguro que su conversación con Dios, en gran parte, será preguntarle: en aquel asunto, ¿qué fue en verdad lo que sucedió? ¿Y por qué esto? ¿Y por qué lo otro? ¿Y qué fue de tal persona? ¿Y de aquella empresa? ¿Y cómo se resolvió tal cuestión? Y aquello otro, ¿no hubiera podido hacerse mejor de otra manera?... Hablando a lo humano –aún tenemos su cuerpo aquí presente– eso es lo que Vicente está, desde hace veinticuatro horas, preguntando a Dios y escuchando en una apasionada postura de discípulo que ansía enterarse, que necesita saber de formar cabal el sentido de todo lo que pasó.

Por eso hay que rezar por Vicente o, al menos, algunos así lo hacemos. Pero también hay que hacer algo más con Vicente: agradecerle esta convocatoria. El profesor Portela, con razón, ha hablado de “una mañana húmeda y más bien fría de noviembre”. Pero es tan bello, no el lugar sólo, sino la gente que ha acudido a acompañar a Vicente en estos momentos últimos, que, de alguna manera, consuela y permite escapar de la humedad del jardín o de la frialdad otoñal del ambiente.

Yo estoy seguro de que Vicente está, ahora mismo, mirándonos con esa sonrisa cariñosa que muchos de nosotros conocemos, en la cual se hacía inevitable un matiz de burla o zumba, porque sin ella no comprenderíamos, no nos acordaríamos de que Vicente ha podido captar con profundidad plena lo que es y lo que no es importante. Muchas de las cosas que, quizá, a nosotros mismos ahora nos preocupan, Vicente se da por entero cuenta –la cita resulta inevitable en el lugar en que estamos– que son “conversación de Puerta de Tierra”; algo sin mayor importancia por más que nos inquieten o nos desazonen: cosas que dan exactamente igual.

De ahí que hoy tengamos que agradecer de todo corazón a Vicente la posibilidad de podernos reunir en el jardín de esta casa y reflexionar. ¿Una reflexión colectiva?, no; cada hombre reflexiona por su cuenta ante la muerte, la gran niveladora; la muerte que es luz y claridad, que nos permite ver las cosas para siempre tal cual son. Vicente nos regala la oportunidad de recordar lo que de verdad importa; y ése es el auténtico, a mi modo de ver, talante liberal: quererse y comprenderse y disculparse y perdornarse... Tratarnos bien, en definitiva, unos a otros; convivir en el sentido más noble de la palabra.

Tal es la gran experiencia de la muerte. Todas las demás cosas, los libros que uno haya podido escribir, las clases dadas... “son verdura de las eras”, algo que se va... Lo que no se va es el corazón que se haya puesto en el trato



y en el servicio a los demás. Por eso hoy –antes lo apuntaba– muchos de nosotros tendremos una oración por el alma de Vicente; muchos de vosotros, también un recuerdo profundo y emotivo. Pero todos, todos –así lo pienso– un agradecimiento profundo, pues su muerte nos pone, una vez más, ante la posibilidad de darnos cuenta de que lo decisivo en la vida es servir a los demás, darse a los demás, ayudar a los demás por encima de dificultades, por encima de incompresiones, por encima incluso, en algunas ocasiones, de desprecios, con el cariño hondo que es el bagaje único que nos podremos llevar a la otra vida.

Nada más, muchas gracias.

Noviembre de 1997